

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Pecado y castigo.

IV.

(Continuacion).

No es maravilla que Dios envíe sobre la tierra la esterilidad y la penuria cuando los hombres y los pueblos se entregan á todo género de pecados. La ingratitud es la caja de Pandora de la cual se derraman sobre los pueblos prevaricadores todo linaje de calamidades. Si Dios nos favorece con la abundancia de sus dones, no queremos reconocer sus favores; si nos castiga con las escaseces, no queremos besar la mano que nos azota para corregirnos; si nos trata como Padre, despreciamos su amor; si nos castiga como Juez, nos rebelamos contra su justicia. Ni sus bondades nos conmueven, ni sus rigores nos enmiendan. Y ¿qué ha de

suceder? Lo que está escrito para instruccion de los pueblos ingratos y olvidados de Dios: *Con sumptura est fames omnem terram.* Vendrá el hambre con todos sus horrores á consumir la tierra y castigar la ingratitud de todos sus moradores. Oigan los pueblos y que lo entiendan bien los labradores: los bienes y los males, la abundancia y la escasez, el hambre y la hartura, la germinacion de las semillas y su muerte apenas nacidas, el florecimiento de las mieses y las mieses agostadas, apenas florecidas, la madurez de los frutos, su recoleccion y pacífico goce así como la esterilidad de la tierra, y la pérdida de sus ricas y variadas producciones, todo esto nos viene de la mano de Dios, que se vale de los bienes y de los males para realizar el fin supremo de su Providencia,

á saber; su gloria y nuestra salvacion.

V.

Conocemos la angustiada situacion de los labradores. Las malas cosechas de los años últimos, las fabulosas contribuciones que paguen al Estado, la falta de amparo y de proteccion por parte de los Gobiernos, mas atentos á saborear las dulzuras del poder que á fomentar los intereses de la agricultura, los defectos ya crónicos de la administracion pública, la malversacion de los ingresos y el aumento creciente de los gastos, la depreciacion cada día más sensible de los productos agrícolas; y la carestia de los artículos que el labrador necesita para cubrir sus mas apremiantes necesidades, los vicios que se multiplican, la soberbia que saca á las gentes de su esfera, y las impulsa á realizar dispendios superiores á su posicion, el deseo insaciable de lucir y brillar á costa de la honradez y de la modestia, todos estos males se juntan hoy para afligir el corazon de los labradores, haciendo insoportable su situacion, y entregándolos á merced de un fisco implacable ó de acreedores sin entrañas que se apoderan de su hacienda, y los dejan sumidos en

el abismo de la miseria y de la desesperacion.

VI.

Hemos descrito el sombrío cuadro que ofrece á nuestra contemplacion la clase labradora. El filósofo cristiano observa los efectos, esto es, las malas cosechas, indaga la causa que los produce, y como todos los bienes y todos los males, fuera del pecado, provienen de Dios, reconoce y señala como causa de estas calamidades físicas la justicia de Dios, que castiga el pecado y se propone restablecer el orden moral, perturbado por las culpas públicas y privadas que no ya por fragilidad, sino con obstinada malicia se cometen y se multiplican en pueblos, aldeas y ciudades.

Siendo, pues, el pecado el origen de las calamidades que sufrimos, es evidente que no podemos librarnos de ellas, mientras reinen esos desórdenes públicos, y esas violaciones tambien públicas y desvergonzadas de la ley moral, de los preceptos de Dios y de su santa Iglesia, y ese horrendo lenguaje, y esa espantosa inmoralidad, y ese impío menosprecio de la piedad que no puede verse sin lanto y sin amargura. Si; el pecado es el ladron que os roba el fruto de vuestro trabajo; la so-

berbia es el rayo que mata vuestras esperanzas; la codicia es el viento urente que seca las plantas y marchita las flores; el desprecio de la ley de Dios y la profanación de los días de fiesta son la causa de que el cielo se vuelva de metal y la tierra se torne estéril para castigar con la sequía y la pobreza tamaños desórdenes; la blasfemia que con su bárbaro eco llega hasta el trono de Dios; la blasfemia, lenguaje de condenados que mil bocas pronuncian hoy sin que haya freno para tan horrendo pecado; la blasfemia es el rayo que fulgura sobre nuestras cabezas, el trueno que retumba, voz de Dios, el estruendo de su justicia, la tempestad que se avecina, preñada de negra destrucción, la piedra y el granizo que en un instante convierte en árido desierto los campos mas florecientes. La ingratitud en sus formas mas repugnantes, la ingratitud que desprecia los beneficios recibidos y los convierte en armas para atacar al Bienhechor; la ingratitud que blasfema de Dios, que niega sus dones, y los emplea en ultrajes horrendos contra el generoso Dador de todos los bienes que disfrutamos, la ingratitud es la ruina temporal de la sociedad, y la muerte eterna de los hombres. Borrada, pues, destruid la

causa si quereis que desaparezca el efecto. Buscad lo primero el reino de Dios, la gloria de Dios, el imperio de su ley, el triunfo de su justicia, y los bienes temporales se os darán como añadidura, como medios de subsistencia, y auxiliares eficaces para lograr los eternos. Sembrando virtudes y buenas obras, cosechareis fruto temprano y fruto tardío, frutos de la tierra y frutos del cielo, frutos de gracia y frutos de gloria eterna.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Frutos del Catolicismo.

Dice el periódico italiano la *Provincia de Brescia*:

«El 21 de Mayo dos niños pequeños, llamados Devotti y Righetti, y una niña de seis años próximamente, fueron mordidos en Villanova-sul-Chiese por un perro hidrófobo, venido no se sabe de dónde. La niña fué atacada en un prado, y mordida gravemente en la mano.

»Los dos niños fueron embestidos pocos instantes despues en el centro de una barriada, siendo mordidos el uno en la mejilla. La herida de éste último era profunda, porque llegó á interesar la quijada. Encontrándose Righetti cerca de la fábrica de Varisco, fué transportado á ella, recibiendo los primeros auxilios de algunas religiosas agregadas al establecimiento.

»Una de estas religiosas, la superiora,

con un valor y una abnegacion superior á todo elogio, chupó la herida, á lo cual debe acaso la vida el pobre niño.»

Hipocresía de las Hermanas de la Caridad.

En cierta capital reinaba la epidemia colérica.

Un individuo del municipio, poco devoto de las Hermanas de la Caridad, por serlo muy mucho de los hermanos masones, quiso inspeccionar el servicio de un hospital y enterarse de cómo estaban atendidos los enfermos.

A todas las religiosas halló en su punto, decididas, animosas, infatigables, dando la cara sin miedo al contagio, y hasta si se quiere sonriéndole.

—¡Qué hipócrita! dijo para sí el *piadoso* concejal.

Y siguió inspeccionando sin dejar rincon en la casa porque tenia por cierto que al fin y á la postre tenia que sorprender á las Hermanas en flagrante delito de hipocresía.

Llega al anfiteatro y se halla de manos á boca con una Hermana dedicada á la poco agradable tarea de lavar y amortajar á los cadáveres.

El concejal ante un acto tan hipócrita, se sorprende y no puede dejar de exclamar:

—¡Pero qué está haciendo Vd.? Esto es cosa del mozo de la sala.

Sorprendida la Hermana le contesta:

—Como el criado es padre de familia y estos cadáveres son coléricos.....

El concejal se marchó pensativo. Acababa de sorprender á las Hermanas en flagrante delito de..... caridad.

El perdón de la primera comunión.

El Presbítero Delmas, refiere la siguiente historia:

Erase la mañana del día de la primera comunión de unos chiquillos á quienes preparaba para recibir á Nuestro Señor.

Llaman con fuerza á la puerta de mi casa; abro, y un obrero, gorra en mano, me dice:

—Soy el padre de José, y vengo para confesarme, porque quiero tomar parte en la dicha de mi hijo, y comulgar con él.

Ante aquella visita, aquellas palabras y aquella resolucion, no pude dejar de juntar las manos y levantándolas al cielo exclamar:

—¡Bendito sea Dios!

No hubo jamás relaciones de amistad tan pronta y tan completamente contraindicas como las nuestras. Aquel obrero, poco antes enemigo de la Religion para imitar á sus compañeros, en un momento se ha trocado en adicto, dichoso, y está tan cambiado que ni él mismo se conoce. Da gloria oírle prometer que ya no se acompañará de los impíos.

Puede suponerse si estaria curioso por conocer los detalles de este cambio tan rápido y tan completo. El buen padre me da los antecedentes con escrupulosa é interesante exactitud

Hélos aquí:

—Al volver anoche del taller,—me dice,—noté desde luego que mi mujer habia preparado una cena algo mas sustanciosa que de ordinario. Llegaba á casa sombrío y regañon, pero no tardé en alegrarme, ya sea por efecto del cariño con que se me recibia, ya por haberlo dis-

puesto así el Señor. Sea lo que fuere, púsemelo á charlar con mi José, cosa que no había hecho de algunos días antes; y la conversacion, con no poco asombro mio, tomó un giro bastante alegre.

—Estoy muy contento de verte así,—le dije á mi hijo;—te haces todo un muchacho arrogante, y me agrada oírte charlar.

Y era muy cierto, señor, que ayer me pareció mi hijo mas guapo que los demás días, y que estaba orgulloso de ser su padre.

En el momento en que con estas palabras expresaba mi satisfaccion, el chico se levanta y se me acerca. Yo estaba esperando ver en qué terminaria aquello, porque mi hijo se hallaba muy conmovido, cuando vinieron á llamar á la puerta.

Fui á abrir, bastante disgustado con el importuno que venia á cortar nuestra conversacion.

Mientras estaba hablando en el umbral de la puerta con el que había llamado, que era el *sábio* del taller, oí que mi mujer le decia al chico:

—¡Ay! es el demonio quien envia á ese miserable. Lo conozco por la voz; es aquel impío que ha hecho tanto daño á tu padre y que trata de llevarlo ahora consigo.

Con el rabito del ojo miraba á mi niño desde la puerta, porque yo no sé cómo ayer lo queria tanto, y lo ví caer de rodillas delante de una pequeña imágen de la Virgen, plegar las manos y ponerse á orar.

Esto me llamó mucho la atencion, y me interesó tanto, que sin que pueda decir cómo, corté la palabra á mi interlo-

cutor y le eché la puerta por las narices. Tan rudamente la cerré, que espero no han de quedarle ganas de ir por allá otra vez.

Viéndome entrar, mi mujer me dió afablemente las gracias de que prefiriera su compañía á la de otras personas, y tardé poco en recobrar mi buen humor.

José me miraba de una manera especial, bien así como si su dicha estuviera pendiente de una palabra mia. Yo no me explicaba la intensidad y la fijeza de su mirada, mas dulce que nunca.

—¿Por qué me miras así? le pregunté. ¿Será que quieres pedirme algo?

Así como una chispa basta para prender fuego á un monton de pólvora, aquellas mis palabras levantaron á mi niño de su asiento y lo pusieron de rodillas á mis piés.

—Sí, padre mio; querido padre mio. Quisiera pedirle á V.....

Y durante unos minutos no pudo articular palabra, porque los colozos se lo impedían.

Miré á mi mujer, y tambien la ví llorar. Yo no entendia aquello.

—Padre mio,—me dijo el chico cuando pudo hablar,—le pido á V. perdon. Perdóneme V.....—añadia juntando las manos y con acento suplicante.

—¿Perdon me pides?—le contesté perturbado y conmovido.—¿Y de qué quieres que te perdone, chiquillo?

—Le pido á V. perdon de lo mucho que le he desobedecido, de mis ingratitudes y de los disgustos que le he dado.

—¿De tu desobediencia? ¿De los disgustos que me has dado?—le dije,—Pues, hijo mio, ¿cuándo te he dirigido yo semejantes reproches?

—Si, padre mio, sí; yo le he desobedecido, puesto que á disgusto de V. me instruí en la doctrina cristiana.

Un rayo de luz iluminó entonces mi corazón y mi inteligencia. Así es que dije:

—En este caso no eres tú, Pepito, quien debe pedir perdón.

Y estrechándolo tiernamente sobre mi pecho añadí:

—¡Soy yo, padre extraviado, que quería, hijo mío, apartarte de Dios, cuando mi deber era enseñarte á quererlo. Soy yo aquí quien debe ser perdonado, continué abrazándole con mas efusión; yo, que á falta de buenos ejemplos te debía buenos consejos!...

Yo estaba profundamente conmovido. José se aprovechó de esta mi emoción para soltarse de mis brazos y arrodillarse otra vez á mis pies.

—Bendígame V., padre mio, para que mañana, cuando reciba la primera Comunión, nada le falte á mi dicha.

—¡Mañana! ¡Mañana, dices! exclamé consternado. Pero chiquillo, yo no lo sabía, y no hay nada preparado!....

Y sentía una pena muy grande.

—No te aflijas, dijo mi mujer. Y puesto que consentes en ello, nada falta ya.

—No solo te doy mi consentimiento, sino también mi bendición, añadí mirando al niño, todavía de rodillas á mis pies.

—Yo ignoro, señor, qué nuevos sentimientos, todos ellos inesperados, entraron de tropel en mi corazón. Sentía en mí el carácter de la paternidad y algo que me hablaba de la grandeza de mi dignidad. Vino á mi memoria que era

cristiano; me acordé de mi primera Comunión y me puse en pié. Extendí ambas manos sobre la cabeza de mi hijo, y pronuncié solamente estas palabras:

—Si, hijo mio; Dios te bendiga como te bendigo yo; Dios te conserve la esperanza y la fé; Dios te guarde de la compañía de impíos... Sé siempre muy obediente á tu madre, y serás mi orgullo y mi consuelo... Y quiera Dios que el día de tu primera Comunión sea el día mas dichoso de tu padre.

El chico se levantó trasportado de alegría; echóme los brazos al cuello, y despues fué á abrazarse con su madre; y los dos mezclaron sus lágrimas de inefable ventura.

Cuando me refería esto el buen obrero, lloraba á lágrima viva. Y nos despedimos, porque tenía que ir á vestirse para presentarse de una manera decente á recibir al Señor Sacramentado.

Es de notar que ni José, ni su madre habían comprendido el alcance de las últimas palabras de la bendición del padre.

Poco despues el chico se vino para notificarme el resultado de la escena de la víspera; pero no tardó en conocer que yo sabía la segunda parte de aquella historia.

—Tu padre ha venido á confesarse—le dije—y vas á verlo al lado de tu madre y tuyo recibir á Dios nuestro Señor, que le ha devuelto perdón por perdón y bendición por bendición.

José alzó los ojos al cielo para manifestarle su gratitud; asomó á sus labios una sonrisa inefable, y desde aquel día jamás lo he visto intranquilo.

Es un muchacho feliz.

Origen del Dinero de San Pedro.

Una pequeña fuente que crece hasta hacerse un caudaloso río es el símbolo de las buenas obras que brotan de la caridad siempre fecunda de la Iglesia Católica. El Obolo de San Pedro, destinado por la piedad de los fieles de todo el mundo á sostener al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, que una mano sacrilega y tenebrosa despojó de sus bienes, es una de aquellas obras grandiosas que admiramos en estos tiempos. Era el año 1859, y una horda de vendidos al crimen y al sacrilegio, peores que los mismos Godos, los Ostrogodos y los Vándalos de otros tiempos, invadió alevosamente los Estados de la Iglesia, permitiendo el Señor este cínico atropello de los mas sagrados derechos hasta el colmo de la perfidia iscaríótica de tener prisionero á su Vicario en Roma, para que vieses todos que las puertas ó los poderes infernales, aun cuando á algunos les parece haber ya conseguido su depravado intento, nada pueden en realidad contra la Sede Suprema de la Iglesia. Aquel mismo año un pobre religioso, arrancado de su pacífica morada por el huracán revolucionario, presentábase al director de la *Unión Católica*, de Turin, en Italia, suplicándole remitiese al inmortal Sumo Pontífice Pío IX la cantidad de cien francos como *Obolo de San Pedro*. Aquel religioso era el Superior de la Cartuja de las inmediaciones de Turin. Mientras el Director admiraba así el noble pensamiento, como las cualidades del que la ideó, se ve interrumpido de otro que con el mismo objeto enviaba por su medio otros 840 francos

al Pontífice de la Inmaculada. Aquel otro era un sacerdote del clero de Turin. Hallábase á la fecha en Turin una noble señora, de las mas antiguas y aristocráticas familias de Francia: tuvo conocimiento del piadoso proyecto, y á mas de dos mil francos con que por entonces concurrió, se hizo la más incansable propagadora del Obolo de San Pedro en todas partes.

Aquella señora era la duquesa Laval de Montmorency, hija del célebre apolo-gista católico, el conde José de Mais-tre. De este modo esta institucion nacida del afecto de un pobre Cartujo, se fué propagando entre toda clase de personas desde las mas opulentas á las mas menesterosas, en todas las partes del mundo. Ultimamente, á principios de este año, los religiosos de la Cartuja de Grenoble en Francia, habiendo sabido que el Padre Santo Leon XIII deseaba dar mayor desarrollo á un Colegio de Artes y Oficios, que para los niños pobres habia fundado Pío IX poco antes de morir, le ofrecieron á este fin, como Obolo de San Pedro, medio millon de francos con un campo cerca del Vaticano; y en el pasado Marzo, el día de San José se bendijo solemnemente la primera piedra de este edificio. Hé aquí, pues, de donde vino y á donde va el Obolo de San Pedro. Vino de la caridad, y vuelve á la caridad.»

Virtud del Ave-María.

Una pobre mujer, que tenía el tiempo muy ocupado, pasaba muchas veces al

dia por cierta calle bastante apartada de aquella en que ella trabajaba.

—Por qué, le preguntamos, malgasta usted así el tiempo?

Y ella nos contestó con suma sencillez:

—Es que en un casa de aquella calle hay un sujeto enfermo que no quiere reconciliarse con Dios, y voy allá tantas veces como puedo para rezar algunas *Ave Marías* delante de su casa. No sé si hago bien, pero se me figura que la oración es como el agua de olor, que si se derrama en el suelo, llena con su perfume toda la habitación. Por este motivo creo que mis *Ave Marías* acabarán por convertir al pobre pecador. Por espacio de dos meses he venido haciendo lo mismo delante de otra casa, y el enfermo impenitente que habia en ella confesó sus pecados antes de morir.

Estas palabras son toda una revelación. Sembremos oraciones en derredor de las almas para embalsamarlas y hacer que se salven.

En el momento mas grave del incendio de la Opera cómica, se vió un grupo de cinco personas sobre un trozo de muro próximo á desplomarse; el jefe de la sección de bomberos dice á sus subordinados: «No puedo mandaros subir á auxiliar á esos desdichados, pero si voluntariamente quiere ir algun individuo, hê aquí una escala.» Hubo un momento de silencio, de vacilacion, pero al final de él un breton cogió la escala y dijo: «Yo iré.» Pronunció las palabras: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,» haciendo la señal de la cruz, y se despidió de sus camaradas al subir el primer peldaño.

A los pocos minutos las cinco perso-

nas estaban en salvo y el héroe caía desmayado en brazos de los espectadores.

Un avaro.

En Moscou murió un millonario llamado Kukin. Este, conociendo que la muerte se le acercaba, se arrastró hasta donde tenia su tesoro, y se agarró al arca como si la quisiera llevar consigo. En esta posición le sorprendió la muerte, y así estuvo dos dias hasta que su hijo mirando por la cerraja notó que su padre carecia de movimiento. Como todas las puertas que daban á la habitación estaban cerradas, fué necesario avisar á la policía para forzarlas.

¡Espantoso espectáculo! El viejo yacia sobre la caja y la sujetaba, no solamente con las manos sino tambien con los dientes, y tan fuertemente, que todos cuantos esfuerzos hicieron fueron inútiles para separarlo, de suerte que el carpintero debió tomar la medida del ataúd en aquella posición.

Al tercer dia pudieron separarlo de la caja. Junto á la estufa pendian de una cuerda varias obligaciones de crédito. En la caja habia cuatro millones en oro, plata y billetes de banco, muchos de ellos de cien rublos (quince reales rublo) estaban ya apollillados. El difunto no habia dado en su vida un kopek (cuatro céntimos) de limosna, y vivió siempre como un mendigo. No comia mas que pan y sal, y su vestido era tan haraposo que sus hijos se avergonzaban de acompañarlo. Disponia Kukin en su testamento que su dinero se sepultase con él.